

Pienso que el poema sería la forma más adecuada de expresar mis sentimientos en esta ocasión y asilo haría si el postivismo no hubiese rebajado la expresión poética a la categoría de un simple pasatiempo. Creo que sólo en lenguaje poémico sería factible describir la crisis ambiental de la civilización actual y las responsabilidades históricas que tenemos ante ella.

Hace poco asistimos activa o pasivamente a la conferencia mundial más solemne e importante de la historia humana. En Brasil se dieron cita los Jefes de Estado para preguntarse preocupados por el destino de la tierra. De pronto, en el pináculo de una civilización triunfante, la historia parece detenerse ante la inminencia de la ruina o al menos ante la amenaza del peligro. Después de doscientos años de progreso tecnológico impulsado por la energía fósil el hombre se da cuenta que está envenenando el planeta. La lluvia ácida corroe las venas mismas de la vida. La acumulación de gas carbónico puede variar las condiciones atmosféricas cuyo equilibrio actual fue construido pacientemente por la vida a lo largo millones de años. La excitante diversidad de los sistemas vivos va siendo estrangulada progresivamente por los procesos de homogeneización tecnológica.

La dimensión de esta tragedia cósmica sólo puede describirse ajustadamente en el lenguaje poémico de Parménides o de Empédocles. Es muy difícil transcribirlo en las palabras rectilíneas del lenguaje oficial o en las expresiones matematizadas de la ciencia. Lo que se está muriendo no se puede representar solamente en cifras, porque la vida es mucho más que un manojito de átomos. La desaparición de una especie no cabe en las cuentas nacionales. La muerte de los ríos poco interesa, vista desde las altas torres de cristal. Nos hemos ido acostumbrando a la contaminación y a la violencia.

Ante esta tragedia, la reflexión del hombre es todavía estrechamente miope. Ni la ciencia ni la filosofía moderna han logrado descifrar el enigma. Vivimos la decadencia de la aventura prometeica y no tenemos todavía el lenguaje ni los modelos científicos para interpretarla. El pensamiento moderno surgió bajo el signo del dominio absoluto del mundo. La ciencia está hecha para explotar recursos, no para manejar sistemas. La geografía del conocimiento científico está marcada en los feudos disciplinarios de la universidad que describe con precisión la esquizofrenia cultural del mundo moderno: un hombre sin naturaleza y una naturaleza sin hombre.

La filosofía no ha logrado encontrar el sitio del hombre en el sistema de la naturaleza. Los sueños de Spinoza de construir una ética y una política, incluyendo al hombre en el sistema natural,

se han visto frustrados. Coincidentalmente la biología descubrió hace un poco más de un siglo que somos un simple apéndice de la evolución. La economía se ha construido como ciencia para impulsar el dominio del mundo no para manejar su complejidad. Lo que se señala como "externalidades" al sistema económico son internalidades del sistema de la vida.

El análisis ambiental requiere no solamente el estudio de los ecosistemas, sino igualmente el análisis de esa estructura compleja en la que vive y actúa el hombre y en la que también muere. Los hombres viven y mueren no como átomos aislados, sino como productos sociales. La estructura se pudre por alguno de sus rincones y allí se acumula la muerte. Eso lo sabemos muy bien en la dolorosa experiencia que se asoma cada noche a nuestra ventana televisiva. La violencia social, no solo la que se ejerce a través de sicariato, sino la que se practica legalmente a través del poder, repercute a su vez en la muerte lenta de la naturaleza. La biodiversidad está desapareciendo destruida por los cultivos de amapola y por el veneno rociado desde los aviones. Los ríos se pudren y a lo largo de ellos se apiñan los desplazados urbanos. El hacha sigue penetrando en la selva húmeda y ello no tiene que ver con la epopeya de la libertad individual, sino con la tragedia de los marginados del campo.

Sin duda alguna la ecología es la primera página de los estudios ambientales, pero no la única. Como entender la muerte del planeta desde las simples leyes de la transmisión de la energía? Como reconstruir la ciencia de tal manera que el hombre y la cultura quepan en el sistema natural, sin tener que acudir a reduccionismos que solo redundan en la defensa de intereses aristocráticos? La responsabilidad de la universidad en esta etapa de la civilización, interrogada y golpeada de frente por la crisis ambiental, consiste fundamentalmente en reconstruir el tejido de la ciencia. La ciencia natural no acaba en los primates superiores, porque la cultura también ha sido engendrada por la madre tierra.

Necesitamos una ciencia "natural", que comprenda la cultura como una emergencia evolutiva. La naturaleza viene siendo preñada por el hombre por lo menos desde los lejanos neolíticos. La solución no consiste, por tanto, en el retorno idílico e imposible a los paraísos ecosistémicos. La evolución tiene que contar con la preñez tecnológica. Necesitamos, sin embargo, una tecnología que no penetre con el hacha en la fina textura de la vida sino que construya pacientemente los nuevos equilibrios tecnobiológicos que permitan la continuidad de la vida. Necesitamos sobretodo una tecnología que se articule y posibilite la construcción de una sociedad para la convivencia y no para la guerra y el dominio del hombre y de los pueblos.

Necesitamos por último, reconstruir las ciencias sociales a fin de que a través de ella podamos comprender que la cultura se engendra desde la tierra y que la historia del hombre se hace con animales y con plantas. Una ciencia que comprenda que la tierra no es sólo un paisaje para las guerras o las diversiones del hombre,

sino la madre nutricia de la cultura. Una filosofía que reentraña el sentido de la libertad, entendiéndola dentro de los límites de un universo limitado. Necesitamos una nueva ciencia para construir una nueva sociedad.

Por estas razones nació hace dos años el Instituto de Estudios Ambientales. No ha sido un parto fácil, como no es fácil tampoco el nacimiento de una nueva sociedad. La interdisciplina es un ejercicio difícil que contraría los hábitos adquiridos del egoísmo científico, pero estamos convencidos de que es la única manera de hilar de nuevo el tejido social. El diálogo interdisciplinario no es el enfrentamiento inútil e infecundo de posiciones contrapuestas. Es la simbiosis del conocimiento que imita la manera como se ha construido la vida a lo largo del proceso evolutivo.

Estos son algunos de los principios básicos que han impulsado la actividad del IDEA durante los dos años que hoy estamos celebrando. La labor ha sido el fruto del esfuerzo colectivo. No hemos concebido la autoridad como el ejercicio vertical del poder, sino como el esfuerzo por articular los intereses individuales al cumplimiento de objetivos comunes. Por esa razón el grupo está aquí, consolidado en el esfuerzo del trabajo común y en el ejercicio continuo del diálogo. Sus miembros pertenecen a las distintas facultades. No es, por tanto, un grupo segregado que practique la ciencia entre las murallas de un feudo ambiental. Por esta razón aquí estamos como universidad celebrando este aniversario. El IDEA es el resultado de un esfuerzo nacional. Manizales y Palmira han organizado igualmente con voluntad decidida los nuevos nichos para el trabajo interdisciplinario.

Hemos intentado igualmente superar las barreras de la competencia institucional. Por esta razón aquí están los amigos de múltiples instituciones, que han venido constuyendo con nosotros no sólo la posibilidad de una nueva ciencia sino el asomo todavía incierto de una nueva sociedad. Con ellos estamos celebrando esta fiesta común.

Si existe la voluntad de cambio será posible el futuro de la tierra. En el porvenir no está escondida la catástrofe milenarista, sino la exigencia de las transformaciones culturales.